

A black and white photograph of Jacques-Alain Miller, a man with glasses, wearing a dark suit and a light-colored shirt. He is speaking into a microphone and gesturing with his right hand. The background is a solid black color.

Jacques-Alain
Miller

**EL NACIMIENTO DEL
CAMPO FREUDIANO**

A close-up photograph of a wooden podium with a microphone. The podium is dark wood and has some small, illegible text on it. The background is a solid black color.

TEXTOS REUNIDOS POR **GRACIELA BRODSKY**

PAIDÓS

Jacques-Alain Miller

EL NACIMIENTO
DEL CAMPO
FREUDIANO

 PAIDÓS

Índice

Prefacio	9
CAPÍTULO 1: <i>Delenda est</i>	15
¡Todos lacanianos!.....	17
Cronología de la disolución	25
Otro Lacan	39
A favor del pase	41
Una entrevista con Jacques-Alain Miller.....	43
Datos sobre el pase	49
Perfección del psicoanálisis.....	51
¿Y en la Argentina, qué?	53
Sobre la Escuela y el Campo Freudiano	57
CAPÍTULO 2: El Tumulto	65
Introducción a <i>El Tumulto</i>	67
Posición	69
Acero abierto	75
Coloquio de la disolución.....	83
Pro Domo	97
La paradoja del psicoanalista.....	107
Observación sobre el deseo de saber	109
Molestoso y la Nebulosa.....	113
Entrevista sobre la causa analítica.....	117
Algunas interrogaciones acerca de la Escuela	135
Esbozo de las opciones fundamentales de la Escuela de la Causa Freudiana	143

JACQUES-ALAIN MILLER

Una observación acerca del atravesamiento de la transferencia	145
Una salida para la crisis.....	147
Refundación	163
CAPÍTULO 3: La hora de la Escuela	169
La hora de la Escuela.....	171
Las Escuelas que aún no existen.....	173
La Escuela llega a Europa.....	177
Escuela Europea de Psicoanálisis. Primeros anuarios.....	181
La Escuela y su psicoanalista	187
La pregunta de Madrid.....	189
¿Hora cero?	199
Argentina y Europa.....	215
El concepto de Escuela.....	219
La hora de decidir.....	237
Escuela y Sociedades.....	247
Prisa	251
Por la reconquista del Campo Freudiano	253
¡Ya!	255
Respuestas sobre la Asociación Mundial	261
El año que viene en Brasil	263
Temas de Escuela.....	265
Prefacio al primer Anuario de la EOL	285
La reforma de 1992	289
El Pacto de París.....	293
Asociación Mundial de Psicoanálisis. Primeros estatutos.....	297
POSFACIOS	303
El recuerdo y el olvido, <i>Éric Laurent</i>	305
Quebrantar la <i>koiné</i> , <i>Leonardo Gorostiza</i>	313
<i>Plus JAM, Miquel Bassols</i>	321
Lacaniano es político, <i>Angelina Harari</i>	325



CAPÍTULO 1

Delenda est



*¡Todos lacanianos!*¹

Pero ¿dónde está, pues, la enseñanza de Lacan en la Escuela Freudiana de París (EFP) en diciembre de 1979?

Esa es una verdadera pregunta. Puede parecer provocativa, pero quisiera enseguida darle una respuesta que, espero, relajará la atmósfera. Llegué a ella luego de una madura reflexión, y se las doy con simplicidad.

En todos lados. La enseñanza de Lacan está en todos lados. Y se extiende mucho más allá de la EFP. Llegaré hasta decir que parece que esta enseñanza hoy ya no tiene contradictores. En todo caso, en mi opinión, mañana no los habrá. Del mismo modo que, en cierto terreno al menos, Freud no tiene más adversarios. Se incorporó a lo que se llama “la cultura”.

Puede parecer una paradoja decirlo en el momento en que se desarrolla contra Lacan una campaña de prensa y de edición. Pero, lejos de que esa batahola anuncie el descrédito final de la enseñanza de Lacan ante la opinión pública –como esperaban sus promotores–, no es más que los sobresaltos de una resistencia de varias décadas que dejan presagiar una consagración. Y eso es mucho más aburrido que el cuestionamiento.

1. Conferencia de Jacques-Alain Miller en la Escuela Freudiana de París el 13 de diciembre de 1979, publicada en la revista *L'Ane*, núm. 1, abril-mayo 1981, p. 28. Hay una versión castellana publicada en *Escisión, Excomuni3n, Disoluci3n*, Buenos Aires, Manantial, 1987, p. 246.

Me parece que comienza un tiempo en el psicoanálisis que resumiría con el siguiente eslogan: *¡todos lacanianos!*

“Estoy colmado”

No es un mandato. No es una profecía. Es una exclamación, un grito de sorpresa. Allí hay una realidad nueva para el grupo lacaniano, que se formó en la adversidad, y cuyos contornos, cuyos límites, fueron trazados por la oposición que encontró, a través de los años, la enseñanza de Lacan. Es por eso por lo que, hasta ahora, podía haber en la EFP no-lacanianos, incluso antilacanianos. Pues bien, ahora ya no los hay. Para nada. Hoy en día, en la EFP, solo hay lacanianos.

Sin duda, algunos de esos “lacanianos” son lacanianos críticos, a quienes desagradaba tal gesto de Lacan, a quienes tal vertiente de su enseñanza no les gusta. Pero, fundamentalmente, todos reivindican el derecho de invocar a Lacan a su manera.

Esto va más lejos todavía. Más allá del grupo lacaniano en el sentido estricto –circunscripto por el Anuario de la EFP–, se escucha levantarse como un rumor, cuya canción transcribiré así: “Pero también nosotros ¡somos lacanianos! Nosotros, que hemos cuestionado a Lacan, que lo hemos combatido, que lo hemos calumniado o que lo calumniamos todavía, que lo hemos vendido, nosotros para quienes él es insoportable, y desde hace mucho, nosotros que lo abandonamos, que hemos esperado la desaparición de la Escuela, nosotros, los del Instituto, nosotros, los de la Asociación, nosotros, los del Cuarto Grupo, nosotros, los de la IPA, nosotros también ¡somos lacanianos!”.

Entonces, si no me equivoco, una lógica nueva comienza.

Hace tres años, en Estrasburgo, en la clausura de un vasto congreso con intervenciones muy sólidas, Lacan habló para decir estas palabras que conmovieron a su auditorio: “Estoy colmado. Lo fastidioso es que esto me ha perturbado en cuanto a la utilidad de lo que hago. No es la primera vez que me formulo esta observación: la falta me falta. Cuando la falta le falta a alguien, no se siente bien”.

¿Se escuchó bien este “estoy colmado”? ¿Se lo escuchó bien cuando aquel que lo pronunciaba se había impuesto por tarea trazar un camino que había creído imborrable? ¿Cuando, por el contrario, suscitó las

¡TODOS LACANIANOS!

escisiones, las puso de relieve, empujó a otros a la cuneta, a las sendas trilladas? ¿Cuando no cesó de cavar agujeros en un saber que, por su propio movimiento, se totaliza? “Estoy colmado”, es decir: el agujero *que soy* se tapa, la montaña de mi enseñanza se nivela, el intersticio se cierra.

La armada de los niveladores está allí para hacer reinar la ley terrible del *quien gana pierde*. La falta de falta se llama angustia.

El *todos lacanianos* es precisamente lo que colma la laguna que Lacan ha cavado. Felizmente, de todas maneras, hay un poco de juego. Que no haya uno que no se diga lacaniano deja abierta la cuestión de saber si *todos* lo son.

Dentro de poco la referencia a Lacan no será suficiente para hacer la diferencia. Desde ya, no es suficiente para unificar el grupo que formamos. La lógica llamada del *no todo* prevalece decididamente sobre la del *todo*. Las consecuencias son múltiples.

Si mi “¡todos lacanianos!” los deja boquiabiertos, como me parece, quisiera hacerles notar, en primer término, que es precisamente porque todo el mundo, o casi todo, habla lacaniano, que ya no nos entendemos y nos entenderemos cada vez menos.

Hubo un tiempo, no tan lejano, en el que el vocabulario de Lacan bastaba para hacer la diferencia. Era la época en que hablábamos de saber y de verdad, allí donde otros hablaban de necesidad y de instinto; de deseo, mientras otros hablaban de resistencia; de la palabra, de lo simbólico, del significante, allí donde en otras partes se hablaba de afectos y de imágenes.

Inconsistencia

Ahora bien, es un hecho que ese vocabulario solo ya no determina la diferencia, puesto que hoy en día es el vocabulario de casi todo el mundo. Y por esta razón, precisamente, no es más que un vocabulario.

Es necesario decir cosas nuevas con palabras nuevas. Pero esas palabras no tienen mérito en sí mismas, y pueden muy bien prestarse a los pensamientos más viejos, transmitir ideologías indestructibles y servir a deseos elaborados bastante antes del discurso analítico. Es a lo que asistimos con Freud, y es lo que le espera a Lacan. Por eso, desde mi punto de vista, él decía hace tres años que no se sentía bien.

Se trata, se tratará pues, del hartazgo de Lacan.

Es cierto que Lacan no solo creó un vocabulario, construyó también un formalismo: $A, \mathcal{S}, S_1, S_2, a, \Phi$, etc. Pero la utilización de esos significantes no da, evidentemente, ninguna seguridad acerca de lo que se trata. Este formalismo no implica, en efecto, ningún automatismo, y esto es por cierto su fuerza, pues no dispensa en ningún caso de pensar la cosa misma de la cual se trata. Está hecho para circunscribir la fenomenología de la experiencia analítica con una liviandad, una delicadeza, que desmiente todos los reproches que le son hechos, a veces, de escolasticismo o de verbalismo.

Pero lo que hace su fuerza es también su debilidad, puesto que ese formalismo se presta a decirlo todo. Vehiculiza *demasiado* poco de imposible, es decir, de real.

Sin duda, la lógica apropiada a la teoría analítica es una lógica inconsistente. Ustedes lo saben, esta expresión no es para nada una contradicción en los términos. Las lógicas inconsistentes son lógicas que admiten cierto número de objetos contradictorios, y pueden implicar fórmulas y sus negaciones (la llamada lógica del significante es evidentemente una lógica de ese tipo). Pero para que una lógica inconsistente siga siendo una lógica, es necesario que haya al menos una fórmula que no pueda ser afirmada al mismo tiempo que su negación. Si no, esta lógica es trivial. No es evidente que la de Lacan, que parece tan abstrusa, no lo sea, si se la considera en sí misma. ¿Cómo una puesta-en-fórmulas que incluye, por ejemplo, una astucia tan digna de señalar, tan fecunda, como el operador que Lacan dibuja con un rombo, y que abrevia tantas operaciones diversas, sería otra cosa que un símil de lógica? Lacan era el primero en hablar, por otro lado, de sus pseudomatemáticas.

Ese formalismo presenta, sin embargo, cierto carácter automático. Sabemos, por ejemplo, que, si situamos en algún lugar al sujeto tachado, tenemos que ocuparnos del objeto a , del significante unario y del significante binario. Allí hay un pensamiento o un funcionamiento “ciego” en el que, desde Leibniz, se reconoce la lógica pura. Pero lo automático no permite para nada prever los puntos de *tyche*, aleatorios y fugaces, en los que el sujeto emerge de su indeterminación, y que dan la oportunidad de interpretar.

En Francia no se está lejos de imputar a Lacan, precisamente, porque su enseñanza constituye una excepción, los efectos de confusión, de

¡TODOS LACANIANOS!

incertidumbre, de atolladero, incluso de estancamiento, que se observan en la elaboración teórica de los psicoanalistas. Es, sin embargo, fuera de su área de influencia donde esos efectos son más manifiestos. Sería más sagaz darse cuenta de que ellos dependen del psicoanálisis mismo, en tanto no es una disciplina constituida en la objetividad.

Gran señor

En vano se espera remediar lo precario de su estatus epistemológico por medio de la estadística; me limito a recordar la tentativa reciente de los psiquiatras norteamericanos de aislar lo que yo llamaría los *testemas* de la teoría de Freud –proposiciones susceptibles de ser testeadas a voluntad, por ejemplo, *el sueño es la realización de un deseo*–. El procedimiento es fundamentalmente no-analítico, puesto que desconoce que la experiencia freudiana recae sobre un particular no armonizado con lo general. Pero el “relato de casos”, si satisface mejor esta última exigencia, no por ello acredita la construcción que se apoya en él, desde que escapa, por regla, a toda verificación (ustedes saben, por otra parte, lo que suele ocurrir cuando se reencuentra al psicótico del cual alguien contaba la cura).

No son todavía más que naderías: la dificultad de teorizar la experiencia analítica tiene una causa más fundamental, y se debe a que ella está coordinada con un sujeto evanescente, que implica como tal la hipótesis del inconsciente. La experiencia freudiana tiene un carácter tal que precisamente allí donde el hecho empírico es más indudable es también más evanescente.

Hay allí un hiato, un agujero, un vacío, constitutivo de la experiencia. Si la enseñanza de Lacan constituye una excepción, lo es porque él asume, si se puede decir, este hiato, y lo elabora. Los demás lo colman.

La tendencia del psicoanalista es, en efecto, colmar el vacío en el que se sostiene su acto. ¿Con qué? En su teoría, con sustancias, es decir, con fantasmagorías conceptuales, eruditas o literarias. Se describe un país encantado del cual uno vuelve, y se dice: “Así es, yo fui, es así”. Se procede como si el inconsciente pudiera ser representado. Es la embriaguez de los psicoanalistas. O, para ser más precisos, es *Schwarmerei*, “ilusión”, dice Kant, que consiste en ver más allá de los límites

de toda sensibilidad. Locura, en efecto, en el sentido de *desarreglo de la imaginación*.

En la práctica, ahora, ¿cuál es la sustancia que se ofrece al psicoanalista para que colme con ella el hiato de la experiencia? Es él mismo, el psicoanalista, sustancializado, hipostasiado. La sobreestimación de la resistencia llamada de transferencia no tiene otra fuente; la de la contratransferencia tampoco. No sabiendo encontrar el apoyo que conviene del lado del sujeto que habla..., eclipsándose, ofrece su persona como el objeto fundamental de la experiencia, y pretende experimentar en sí mismo los fenómenos esenciales. O también, se ofrece al paciente como el ideal. No hace otra cosa, por otro lado, en la teoría, cuando se ocupa primero de garantizar su lugar de enunciación, es decir, se asegura lo que Kant llamaba una posición, un *tono-gran-señor*, que le permite adentrarse a diestra y siniestra.

En esta perspectiva (llenar el vacío), las determinantes no son tanto las identificaciones con el analista como las identificaciones del analista. El estilo de esas identificaciones está notablemente estandarizado. Las identificaciones inducidas por la enseñanza de Freud debían más bien ubicarse en la primera vertiente: identificaciones del analista con el saber o, más exactamente, con un tipo ideal de racionalidad. Lacan, me parece, precipita identificaciones totalmente contrarias: identificaciones con la verdad, en tanto que esta escapa al saber, y, por tanto, identificaciones con el analizante. Eso es lo que observamos hoy en día en la EFP y sus alrededores: las maneras sociales del analista indudablemente han cambiado, juega al *anarlista*.² La teoría se confunde, en su opinión, con la asociación libre, y solo se sostiene en un “Yo, la verdad, hablo”.

La orientación de Lacan es contraria: el analista no obtiene su posición de agente a partir de la identificación; el inconsciente no es nada sustancial; la experiencia no podría estructurarse más que a partir de su propio hiato. A partir de allí, Lacan clasifica la mayor parte de los trabajos de los psicoanalistas bajo la rúbrica “locos literarios” (es una cita) y, por el contrario, ubica sus escritos bajo el signo de las luces (véase la contratapa de los *Escritos*).

2. Juego de palabras que condensa *anarquista* y *analista*. (N. T.)

Hiato

¡Las luces! Esta referencia tiene tanto más valor cuanto que exige ser calificada. ¿Quizás ustedes conozcan las máximas del sentido común según Kant? Son tres: pensar por sí mismo, pensar poniéndose en lugar de cualquier otro, pensar siempre de acuerdo consigo mismo. Esas máximas no son para nada las del discurso analítico: el psicoanálisis supone que uno no piensa por sí mismo, sino por otro; no recomienda para nada pensar en el lugar de cualquier otro (comprensión, proyección), sino que verifica que eso piensa y habla en el lugar del Otro; y, finalmente, la asociación libre disocia necesariamente al sujeto de sí mismo.

Sin embargo, aquí se apela a las luces por la imputación de oscurantismo (seguimos con la contratapa) hecha en contra de quien desconoce esta evidencia, que no se impone menos por la práctica que por la lectura de Freud: el inconsciente (freudiano) está estructurado como un lenguaje. Única vía apropiada para mantener abierta la experiencia, y su hiato constitutivo.

Este hiato, en efecto, se sostiene en el lenguaje, como antinómico de la referencia. “El símbolo es la muerte de la cosa”, decía Lacan desde 1953; fórmula dramática, y bastante hegeliana, pero que conserva todo su poder para indicar, en el desprecio de la dialéctica, la raíz de la obturación anglosajona con relación a Freud. No obturar ese hiato, sino asumirlo y elaborarlo: ahí está toda la enseñanza de Lacan.

En ese punto no hay nada por describir, nada por representar: es necesario *construir*. Sí, construir sobre el vacío, pues el hiato es elaborable. El agujero no es una idea simple. ¿No sabemos cómo un agujero se diferencia de otro según la superficie en la que se recorta? Se percibe que por eso la topología es requerida por la experiencia misma, siempre y cuando esta sea respetada, no se tapone el vacío donde ella se despliega.

Antinomia

Vayamos a la conclusión. La tomo del filósofo de las luces, justamente.

¿Cómo discriminar lo que sería o no sería psicoanalítico? Decir lo que es y no es analítico, eso es un juicio. ¿Pero de qué depende, sino del

gusto? ¿Podemos formular alguna regla según la cual alguien sea obligado a reconocer el carácter analítico de algo? En el campo freudiano, todo se toma uno por uno.

Debido a eso, existe lo que yo llamaría una estética del psicoanálisis. Hay lugar para una especie de educación del gusto, o del tacto, psicoanalítico, asunto de tiempo, incluso de control.

Ese es un saber, sin duda –pero acerca del cual no es posible hablar–. Y, sin embargo, se debate, se mantienen controversias, se polemiza. La antinomia está constituida:

- El juicio analítico no se funda sobre conceptos, si no, se podría discutir sobre el tema, en el sentido kantiano, es decir, decidir por pruebas.
- El juicio analítico se funda en conceptos, pues de otra manera no se podría siquiera debatir sobre el tema, es decir, pretender el asentimiento del otro.

A la estética psicoanalítica responde, pues, necesariamente una matemática, que trata de alguna manera de la comunicabilidad universal de los juicios de gusto en psicoanálisis; o sea, de lo que, de la experiencia freudiana, podría ser “enseñable a todo el mundo, es decir, científico, pues la ciencia se abrió el camino al partir de ese postulado” (Lacan).

Entre la estética y la matemática del psicoanálisis la tensión es grande. La mayoría sostiene que no hay más que estética. Ellos quisieran también que yo fuera el que cree que no hay más que matemática. No soy tan tonto: *no todo* en la experiencia puede ser transmitido integralmente, sin embargo, no es que nada puede serlo, salvo que lo oscuro pase por objeto.

Entre lo que la experiencia enseña y lo que puede enseñarse hay un hiato, y también apuesta, para una Escuela que, reconozcámoslo, no existe todavía.

13 de diciembre de 1979